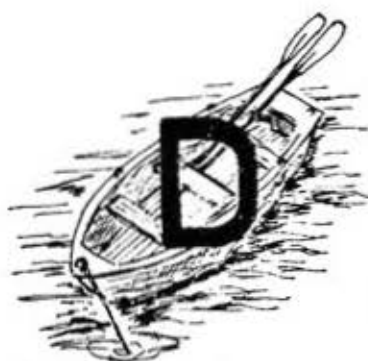


Un 21 de Mayo en Yangkiatang



Debía permanecer diez días más en Hong Kong, esperando el barco que me traería de regreso a Sud-

América. Llevaba una semana en el puerto, en ese lugar del mundo tan marinero y singular, reviviendo aquellas horas agradabilísimas de hacía más de treinta años cuando, siendo guardiamarina del buques-escuela, recorriera los mares de oriente en viaje de instrucción. Hoy lo hacía nuevamente en el deseo de compenetrarme intensamente de esos parajes que tanto admirara en mis días juveniles.

Siempre me había dicho que volvería a los mares de China, solo, independiente, con ansias profundas de conocer todo, de imponerme de la belleza milenaria de esos pueblos de costumbres tan diversas a éstos en que se había desarrollado mi vida.

Hoy lo cumplía.

Dejé Valparaíso un día cualquiera a bordo de un barco de la Toyo-Kisen-Kaisa que, después de una larga travesía, se adentró en los mares del Japón. Durante cuatro meses recorrí, embelesado, uno a uno, los lugares más interesantes y bellos del Imperio nipón. Y seguí a los mares de China.

Como aún debía permanecer algún tiempo en Hong Kong, antes de embarcar

Por
Raúl TORRES Rodríguez
Capitán de fragata (R.)
Armada de Chile

de regreso, decidí hacer una excursión al río Yangtsekiang, ese río inmenso cuyas aguas amarillentas nos hablan de una historia que se remonta a dos mil años antes de Cristo, cuando el Emperador YU, canalizara el Hiangtian, riachuelo que descargaba sus sedimentosas aguas sobre el Yang Tse, a orillas de Hankow.

Una excursión al Yangtsekiang, no siempre es posible. En ciertas épocas del año, sus aguas se tornan peligrosas y algunos de sus afluentes, innavegables. Pero ahora la época era propicia y sabía que no me sería difícil conseguir un sampán y un guía chino dispuesto a acompañarme en la aventura.

Trasmití mis intenciones a Yin Lu, frágil muchachita que conociera al llegar a Hong Kong, quien me había acompañado durante mi permanencia en la ciudad. Recibió la noticia jubilosamente.

Yin Lu, era lo que puede llamarse una muñeca viviente: finísima, frágil, de pequeños y brillantes ojos engastados en un rostro de porcelana y de unos labios de ilusión que exhalaban un perfume de indescriptible pureza. Ella misma, hecha suspiro, hecha perfume. . . Aun cuando no había salido jamás de su país, poseía una educación occidental perfecta; hablaba inglés correctamente y sus modales la hacían una de las más exquisitas criaturas que hubiera conocido a través de todos los océanos, a través de cien puertos diferentes, en diversos rincones del mundo. Y a ello unía un espíritu de independencia y decisión admirables. No me extrañé entonces su respuesta:

—Voy contigo —dijo, amorosamente—; conozco parajes lindísimos por donde he acompañado muchas veces a mi padre. El mismo nos facilitará su mejor sampán.

Dos días después iniciábamos la excursión. Había un sol maravilloso —quemante sí—, mas la temperatura era agradable, gracias a la fuerte brisa que cruzaba el río.

—Magnífica mañana y un viento muy favorable —manifestó Yin Lu, cuando el sampán amarillo izara su vela cuadra adornada de un dragón negro, al largarse del muelle sur.

Fu Chang Lee, un chinito que aparentaba diecisiete años, se sentó a proa de

la frágil embarcación, siempre atento a las maniobras necesarias, en lo cual era un experto y se dispuso a acondicionar debidamente los comestibles y mantas de abrigo que el propio padre de Yin Lu había colocado a bordo para esa excursión proyectada por cuatro días. El viejo tenía experiencia y al dar permiso a su hija, le proporcionó preciosos detalles sobre la derrota a seguir.

El Yangtsekiang es un río de unas tres mil millas de longitud, que nace en las montañas del Tibet, el que, después de recorrer inmensos valles entre montañas imponentes, desemboca en el mar, llenándolo con sus sedimentos amarillo-barrosos. Su nombre es poco conocido por los nativos, que lo llaman más bien Chiang o Takiang —río largo o grande— y muy corrientemente, simplemente Yang Tse. Al principio toma diversos nombres: Ndu, Chu, Dichu. Numerosos afluentes se le juntan en su vertiginosa carrera hacia el mar: el Lu Ho, el Kieng Kiang, y otros, todos de un color amarillento que impresiona.

Durante dos días remontamos lentamente las aguas y entre parajes de singular belleza, cruzamos uno a uno los afluentes que caían bulliciosamente en sus riberas. Durante las noches, Fu Chang Lee guiaba el sampán tranquilamente hacia una u otra orilla. Con Yin Lu, descansábamos largas horas en medio de esa naturaleza virgen.

En la placidez de las noches, dormíamos bajo una luna primaveral. Al tercer día pensé regresar. La brisa nos había sido siempre favorable; pero temía que nos ocasionara molestias en nuestro viaje de vuelta. Al atardecer, nos adentramos en un afluente de purísimo azul, único de ese color que encontramos durante la excursión. Sus aguas azuladas me causaron gran alegría; las amarillentas que habíamos surcado durante tres días, me traían desagradables recuerdos de las aguas del Plata; éstas, eran tan bellas como las de mi lejana patria. A poco Yin Lu, reconoció ese pequeño riachuelo.

—¡Es el Ming Kiang! —exclamó—; solía venir aquí con mi padre hace algunos años, para visitar a ricos mercaderes de Yangkiatang, pequeña ciudad que no está muy lejos, en su margen izquierda.

Hacia allí dirigimos la proa de nuestra embarcación y, al caer la tarde sobre las azuladas aguas, largamos amarras junto a un pequeño muelle ubicado casi a los pies de una pagoda y templo.

—El Mingkiang o Fuló —comentaba Yin Lu— se junta con el Yang Tse en Sinfú; tiene aquí unos quinientos metros de ancho. Su nombre deriva de ese enorme cerro que se divisa allá muy cerca del Min.

El sampán amarillo se dispuso a dormir plácidamente, recostado sobre el pequeño atracadero.

Yin Lu, apretando suavemente mi brazo, me arrastró casi corriendo hacia el templo, distante no más de cien metros. Sus piesecitos parecían jugar a gozarse en tierra firme, después de haber permanecido más de tres días aprisionados en la caseta de la pequeña embarcación. Ya dentro de la iglesia, elevó fervorosas oraciones a su Dios, cuya imagen contemplaba con respeto. Luego salimos a un callejón angosto que conducía a una plazuela, desde la cual se admiraba el Yangtsekiang en toda su esplendor.

—Es necesario que busquemos dónde alojarnos —advertí—; llevamos tres noches en el sampán y aunque me han parecido un sueño, creo que bien nos vendría una cama de plumas.

Yin Lu rió sonoramente, mostrando sus pequeños dientes blanquísimos.

La plazuela estaba casi desierta. Algunos niños jugaban alegremente; al ser interrogados, no supieron informarnos sobre algún lugar al cual dirigirnos en busca de alojamiento. Un hombre de sencilla apariencia avanzaba con dos pequeños de las manos. Yin Lu se acercó para interrogarlo. El hombre se detuvo y amablemente nos indicó un edificio que se levantaba precisamente junto al templo, en donde —nos advirtió— posiblemente podrían ofrecernos albergue.

—Voy hacia el bajo —agregó—, los acompañaré con todo agrado.

Al darse cuenta que con mi compañera hablábamos inglés, la interrogó acerca de mi persona.

—Es un sudamericano que está de paso en Hong Kong —respondió Yin Lu.

—¿De modo que el señor habla mi propio idioma? —interrogó el hombre en perfecto castellano.

—Sí —respondí—; soy chileno.

Manuel Gutiérrez, abrió los brazos y me estrechó largamente, pleno de emoción.

—Hace treinta años que no escucho una palabra en mi idioma natal —exclamó—: soy chileno como usted, nacido en Valparaíso, en el cerro Playa Ancha, desde donde se admira un mar tan azul como las aguas del Minkiang.

Yin Lu nos contemplaba profundamente emocionada, sin comprender nuestras palabras. Sólo veía que dos hombres, sin articular palabras, derramaban lágrimas silenciosamente.

—Venga acá —decía Gutiérrez—, ustedes se alojan en mi casa. Allí tengo mi rancho, a orillas del río, en donde cinco pequeños crearán hoy cuanto les he contado de mi patria lejana. Y mañana, como lo he hecho durante tantos años, celebraré el día de las glorias de mi marina, como verdadero chileno. Era el 20 de mayo de 1948.

Tomamos una calle que, cruzando la plazuela, desembocaba en las márgenes del hermoso río. Allí se levantaba una alegre casita que simbolizaba Chile, en un rincón de la legendaria China. Mayor fue la sorpresa de Gutiérrez, al saber que se encontraba ante un ex-oficial de la Armada chilena, que muchos años atrás había recorrido los mares de oriente como un simple guardiamarina en viaje de instrucción.

—¡Si yo era grumete en ese mismo viaje, mi guardiamarina!; usted no me recuerda: era entonces un muchacho de quince años que desempeñaba a bordo labores de "mensajero".

Y recordaba cien nombres que nos eran familiares. Reía pensando cuántas veces habría recibido un castigo de mi parte por sus travesuras juveniles.

Al entrar en la casa, antes de presentarnos a su esposa, me tomó de un brazo arrastrándome a una sala de cuyos muros pendía un cuadro de la "Baquedano", burdamente pintado en Yokohama; una fotografía del propio grumete, luciendo

uniforme naval y, enlazando el cuadro, la cinta azul que un día llevara en su gorra, con el rótulo "Marina de Chile", en letras doradas. Esas eran sus reliquias que muchas veces, en tantos años, le habían enmudecido recordando a los suyos, a su Marina de Guerra, a su Playa Ancha inigualable . . .

—Al llegar el buque-escuela a Hong Kong, ese año de 1918, sin saber por qué, tal vez por ese mismo espíritu aventurero que hoy lo trae a estas tierras, mi guardiamarina —decía—, junté unas pocas monedas y deserté. Por temor a ser arrestado durante los días que la nave permanecería en el puerto, me metí en un sampán, haciéndome entender como pude —¡un roto chileno no se queda corto nunca, mi guardiamarina!— y allí, entre un grupo de chinos generosos, remontamos las aguas del Yangtsekiang. Y aquí mismo, en este querido Yangkiatang, abandoné a mis protectores, dispuesto a quedarme junto a estas aguas que, con su azul, me hablaban de mi querido "Pancho".

La vida le fue generosa. Trabajó con sacrificios en un principio, debido a su corta edad y a las dificultades del idioma; pero recibió ayuda de todos.

—A los pocos años, ya aclimatado a mi nueva vida y dominando casi perfectamente el idioma, conocí a Lo Chen, de quien me enamoré perdidamente. Sus padres tenían ciertos medios de fortuna y no trepidaron en ayudarnos. Hoy tengo este pedazo de suelo que considero chileno y cinco hijos que mucho saben de mi tierra de origen.

Dio una orden al mayor de los niños, quien corrió al interior del hogar regresando al poco rato con una pequeña bandera chilena. Gutiérrez la estrechó en sus brazos y dispuso la izaran de inmediato en el frontis de la casa.

—Lo hago desde hace muchos años los días 21 de mayo y 18 de septiembre—decía. Las gentes de Yangkiatang la respetan ceremoniosamente y esos días acuden a mi casa a cumplimentarme. Jamás me falta un "trago" para festejarlos a "la chilena".

El menor de los niños apareció con una caja de madera labrada que mostraba contento. Gutiérrez guardaba en ella algunas monedas que conservaba consigo el día que abandonó la "Baquedano". La colección fue aumentada con algunos billetes nuestros que saqué de mi cartera, ante los humedecidos ojos del grumete de antaño.

Ese 21 de mayo, celebrado veinticuatro horas después, es uno de los que recuerdo con mayor emoción, dentro de más de una decena que he pasado lejos de la patria, en cien rincones diferentes del mundo.

Era una mañana clara y luminosa. Las tranquilas aguas del Minkiang mecían muchas pequeñas embarcaciones, entre las cuales destacaba el dragón negro de nuestro sampán amarillo. Manuel Gutiérrez, a las ocho de la mañana, nos invitó a la ceremonia de izar la bandera. Los cinco chinitos y los dos viejos marineros, cantaron sonoramente la hermosa canción de la patria lejana, lanzando un estruendoso ¡Viva Chile! Lo Chen y Yin Lu contemplaban intensamente emocionadas.

Durante la mañana, numerosos vecinos llegaron a casa del chileno para congratularlo, como lo venían haciendo a través de tantos años. Sus ceremoniosos parabienes fueron más efusivos al saberlo acompañado de un compatriota que ocasionalmente había llegado a ese rincón desde tierras tan lejanas. A mediodía, fuimos agasajados con un almuerzo a "la chilena", sin que faltaran las ricas "caldúas" y la sabrosa cazuela de ave, todo dirigido y confeccionado por el propio ex-grumete, que alegremente entonaba canciones de nuestra tierra.

Al día siguiente, me dispuse a partir.

El sol caía suavemente sobre el Minkiang, cuando en grupo nos dirigimos al embarcadero.

Cuando descendí al sampán, los cinco chinitos acompañaron a su padre, en extraña mezcla de chino y español, a cantar nuestro himno nacional, que a todos hacía enrojecer los ojos. Hasta Yin Lu dejó deslizar algunas cristalinas lágrimas sobre sus ojos maravillosamente ensoñadores.

Cuando el sampán amarillo izó su vela alejándose del muelle, el viejo grumete, a cabeza descubierta, como lo hiciera cien veces en la toldilla de su "Baquedano", arriaba lentamente el emblema tricolor.

La bandera majestuosa se reflejaba sobre las azuladas aguas. . . ¡Por eso eran tan azules las aguas del Minkiang! para reflejar, en todo su esplendor, el pabellón de la estrella solitaria.

